EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

EL PRIMER ANIVERSARIO,

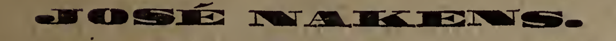
CUADRO DRAMÁTICO

BASADO EN UN CUENTO DE D. PEDRO A. DE ALARCON,

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR

JOSÉ NAKENS.



MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1879.

AUMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

Bodas trágicas	1	D. José Echegaray	Todo.
Como se empieza	1	Miguel Echegaray	»
Contra soberbia humildad	1	José del Castillo	»
El afan de bullir	1	Mariano Chacel	»
El amor y la sotana	1	J. y Tomás de Asensi	»
El arte de ser feliz	1	José Hernandez	»
El nudo corredizo	1	Enrique G Bedmar	»
El primer aniversario	1	José Nakens	»
El sargento y el patan	1	Cárlos Calvacho	»
El secreto del tio	1	Manuel Ossorio	»
El tio Anguilla	1	Antonio Rodriguez	»
Enmendar la plana á Dios	1	E. Zamora y Caball.°	»
En la portería	1	E. y A. de la Guardia y L. Arnedo	»
Entre dos Manzanos	1	Mariano Chacel	»
Jugar con la misma carta	1	Tomás de Asensi	»
Ganar perdiendo	1	E. Jackson Cortés	»
La bruja Celestina	1	Cárlos Calvacho	»
La locura de amor	1	E. Z. y Caballero	»
La más preciada riqueza	1	Franc. Flores García	»
La perra de mi mujer	1	J. Jackson Veyan	»
La riqueza del trabajo	1	J. Jackson Veyan	»
La vecina de enfrente	1	J. G. de Lamadrid	»
Leonor	1	N. Diaz Escobar	»
Las dos bellezas	1	Leopoldo Parejo	»
Los sustos	1	Antonio Rodriguez	»
Llevar la corriente	1	F. Flores García	»
Peor que mi suegra	1	Eduardo Navarro	»
Perdido por mil	1	Navarro Gonzalvo	»
Por un pensamiento	1	N. Diaz Escobar	»
Quedarse zapatero	1	Ednardo Guillen	»
Quiebras del oficio	1	P. M. Barrera	»
¿Quién sobra?	1	N. Diaz Escobar	»
Rendirse á discrecion	1	Eduardo Palacio	»
¡Seis reales con principio!	1	J. Jackson Veyan	»
Soy yo	1	Salvador M.ª Granés	»
Una chica alemana	1	E. de S. Fuentes	»
Una palabra empeñada	1	M. Baquero	»
Un defecto	1	Franc. Flores García	»
Un episodio morisco	1	N. Diaz Escobar	»
Vaya un viaje	1	Pascual y Cuellar	»
¡Al santo, al santo!	2	M. Echegaray	»
Bueno como el pan	2	E. C. Navarro	»

EL PRIMER ANIVERSARIO.

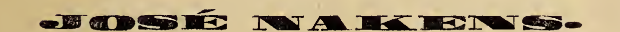
EL PRIMER ANIVERSARIO,

CUADRO DRAMÁTICO

BASADO EN UN CUENTO DE D. PEDRO A. DE ALARCON,

EN UN ACTO Y EN VERSO,

POR



Estrenado la noche del 11 de Febrero de 1879 en el Teatro de APOLO á beneficio del actor D. ANTONIO VICO.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1879

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA	Srta. Contreras.
DON AGUSTIN	Sres. Vico (D. Antonio).
FRAY PEDRO	Altarriba.
RAFAEL	Luna.
JORGE	Sanchez de Leon.
MUJER DEL PUEBLO	Sra. Artigues.

Oficiales franceses y gentes del pueblo.

La escena en Padron, 2 de Mayo de 1809.

ACTO ÚNICO.

Salon espacioso. Puerta al foro que permita ver parte de la botica, y dos laterales á derecha é izquierda. Mesa grande en el centro rodeada de sillas, con platos, vasos y botellas. Botes y demas utensilios propios de la casa de un boticario.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA, RAFAEL.

RAFAEL. ¿Cómo, viendo lo que ves,
pretendes que permanezca
más tiempo aquí? ó imaginas
que no corre por mis venas
sangre española?
MARIA. Perdóname
si sola á mi dicha atenta,
he vertido alguna frase
imprudente. Considera
que te amo, y que si pierdes
en la lucha la existencia...
RAFAEL. Tal dia un año.
MARIA. Eres tan jóven...
RAFAEL. De mi edad tu hermano era
cuando se batió...
MARIA. Y murió.

RAFAEL. No todo el que va á la guerra
pierde la vida. Ademas,
entre sucumbir en ella
cumpliendo con un deber
que me enaltece y eleva,
ó permanecer aquí
cual cobarde mujerzuela,
presenciando estos convites
que á todos nos avergüenzan,
no es dudosa la eleccion;
y tú misma, si supieras
lo que en el pueblo se dice
de tu padre, porque obsequia
á los franceses, tú misma
al combate me impelieras.
MARIA. ¡Que á abandonarme te obligue
una causa tan pequeña!
RAFAEL. Si escuchar á esa canalla
jactarse de sus proezas,
burlarse de nuestras leyes,
insultar nuestras creencias
y alabarse de que pronto
la España será francesa,
sin que tu padre al oirlo
proteste de sus ofensas,
¿es causa pequeña? Entónces,
¿cuál fuera grande?
MARIA. Si oyeras
al abogado que vive
en la calle de la Iglesia,
de otra manera pensaras,
hablaras de otra manera.
RAFAEL. Pues qué dice?
MARIA. Qué es inútil
y torpe la resistencia
de España; que los franceses
la libertad representan;
que sus leyes y costumbres
son mejores que las nuestras;
que el país donde dominan
se engrandece y regenera,
y no sé qué más.

RAFAEL. ¿Por qué,
ya que tiene esas, ideas,
no se va á Francia?
MUJER. (En la botica.) Botica!
RAFAEL. Voy.
MARIA. En despachando, entra.
(Va Rafael á la botica.)
¿Qué será de mí sin él
amándole tan de veras?
Si renunciara mi padre
á esa amistad...
MUJER. Como hubiera
otra botica!...
MARIA. Disputan!
RAFAEL. Á callar.
MUJER. Y el alma en pena
del boticario?
MARIA. ¡Dios mio!
MUJER. ¿Estará con la caterva
de herejes?
RAFAEL. Cuatro reales.
MUJER. Que le sirvan para velas.
(Dá dinero y se va. Entra Rafael.)
RAFAEL. ¿Has oido?
MARIA. Por desgracia.
RAFAEL. Pues como la mujer esa
hablan todos en el pueblo.
MARIA. ¡Qué mudanza más completa!
¡Tanto como le querían!
RAFAEL. En ser amigo se empeña
de los franceses, y... vamos,
¿qué me dices de esta fiesta?
(Señalando á la mesa.)
MARIA. No sé, mas cuando él lo hace...
RAFAEL. ¡Tambien ha sido ocurrencia!
¡Hoy, precisamente al año
de la jornada sangrienta
del Dos de Mayo en Madrid,
convidarlos!
MARIA. ¡Triste fecha!
AFAEL. ¡Y tan triste! En aquel dia,
y por la chusma extranjera,

fué fusilado Manuel.
Tu hermauo... Su hijo... ¡Qué exequias
le prepara!

MARIA. Te confieso
que no adivino...

RAFAEL. ¡Qué mengua
para todos!
(Asaltado por una idea.)
¿Para todos?
Lo será para quien sea,
no para mí.
(Hace ademan de marcharse.)

MARIA. ¿Dónde vas?

RAFAEL. Donde sospechar no puedan
que he sancionado este acto
infame con mi presencia.

MARIA. Díme, ¿por qué no le hablas?
Acaso le convencieras.

RAFAEL. Le hablaré, no porque abrigue
esperanzas de que ceda,
sino por la gratitud
que le debo.

MARIA. Aquí se acerca,
Rafael, tu vida es mi vida.
Recuérdalo y ten prudencia.

ESCENA II.

DICHOS, D. AGUSTIN, FRAY PEDRO, foro.

FR. PED. (Sin ver á Rafael y María.)
No lo harás.

AGUST. Lo haré.

FR. PED. Veremos.

AGUST. (Reparando en ellos.)
(Silencio!)

FR. PED. Aquí la pareja?
(D. Agustin les indica que salgan.)
Os retirais?

AGUST. Se retiran.

MARIA. (Señalando á Rafael.)
Padre, deciros desea

no sé qué...
AGUST. Luégo.
(Váse María por la lateral izquierda y Rafael por el foro.)

ESCENA III.

D. AGUSTIN, FRAY PEDRO.

FR. PED. Es preciso
avisarles que no vengan.
AGUST. De ningun modo.
FR. PED. ¿Por qué?
AGUST. Porque no.
FR. PED. Me desesperan,
—no, que eso es poco—me indignan
tus lacónicas respuestas.
Aunque sea para decirme
que ver á España deseas
deshonrada, y á sus hijos
sucumbir por defenderla,
habla. Abandona esa fria
y feroz indiferencia.
Ten la grandeza del crímen,
que el crímen tiene grandeza.
Pero me exalto. Perdóname
y hablemos con calma. Acerca
esa silla. Bien. Ahora
me dirás qué objeto llevas
al convidarlos.
AGUST. Ninguno.
FR. PED. Habla con toda franqueza.
AGUST. Déjame.
FR. PED. ¿Pero no tienes
ni una disculpa siquiera?
AGUST. No.
FR. PED. Estás loco, y tu locura
va con tu deshonra envuelta. (Pausa.)
¿Eres tú quien hace un año
enagenaba su hacienda
para armar á los que al grito
de patria y de independencia

iban á verter su sangre
en la desigual contienda?

AGUST. Yo soy.

FR. PED. Y el que no encontraba
palabras bastante enérgicas
que aplicar á los traidores
afrancesados? Contesta.

AGUST. Yo soy.

FR. PED. Y el que—te suplico
si el recuerdo te molesta,
que me dispenses—el que
al saber la triste nueva
de la muerte de mi hijo,
exclamó con entereza:
«¡Más hijos! y para todos
una muerte como esa?»

AGUST. Yo soy.

FR. PED. Desmiénteme. Así
probarás que tu conciencia
te acusa.

AGUST. ¡Si es cierto!

FR. PED. Nada;
ni avergonzado lo niega.
Dime la razon al ménos
de mudanza tan completa.

AGUST. De consejo muda el sabio.

FR. PED. Nunca la máxima esa
sirve en los casos de honra
de disculpa á la flaqueza.

AGUST. El patriotismo...

FR. PED. Es la egida
de los pueblos: haz que muera,
y sucumben.

AGUST. Tambien es
causa de crímenes...

FR. PED. Cesa!
Esterminar al contrario
que á esterminarnos se apresta,
sin reparar en los medios,
hay muchos que lo reprueban
si no sufren de la lucha
las terribles consecuencias;

pero cuando el enemigo
su egoista reposo altera,
todos hacen un derecho
de la astucia y de la fuerza.
¿Ves á la Francia que hoy
nuestro proceder condena?
Pues á encontrarse mañana
por otra nacion sujeta,
hablará como hoy hablamos,
lo que hoy hacemos hiciera;
y si sus hijos dudaran
en lanzarse á la pelea,
nuestro rudo patriotismo
como ejemplo les pusiera.
Mas le estoy hablando de esto
á quien desde edad muy tierna
le entusiasmaban las glorias
de nuestra patria.

AGUST. ¿Te empeñas
en demostrarme...

FR. PED. Recuerdo,
¿á qué tú no lo recuerdas?—
una tarde en que leíamos
la inconcebible defensa
de Numancia. Nuestras lágrimas
sobre la página abierta
se unieron. ¡De noble orgullo
y de entusiasmo eran pruebas!
Numancia á un lado, á otro Roma.
Sólo decirlo es grandeza.
Dentro una palabra ¡patria!
valientes legiones fuera.
Niños, jóvenes, ancianos
y mujeres en la brecha...
ejércitos que sucumben...
Roma, la altiva, que tiembla...
ensangrentados espectros
que el hambre y la peste diezman...
cadáveres que sostienen
las vidas de los que alientan...
madres que agarran sus hijos
y se arrojan á la hoguera...

huesos que el fuego calcina...
cenizas que el viento lleva...
y siglos, arrodillados
ante aquella tumba inmensa!
¡Oh, Agustin! Si recordases
tan inolvidable escena,
y sintieras, como siento,
que en nuestros pechos golpea
la sangre de aquellos héroes,
tus nobles brazos me abrieras,
y como entónces tus lágrimas
á mis lágrimas se unieran.

AGUST. (Arrojándose en sus brazos.)
Pedro!

FR. PED. Eres el mismo. Corro
á decirles que no vengan.

AGUST. Á quienes?
(Desprendiéndose de sus brazos.)

FR. PED. Á los franceses.

AGUST. No, no.

FR. PED. Tu entusiasmo?...

AGUST. Era
la mágia de los recuerdos
de aquella edad de inocencia.
Acabemos. Los minutos
tengo contados.

FR. PED. Observa...

AGUST. Es mi voluntad, y basta.

FR. PED. Siempre el mismo. No hacen mella
en tu carácter los años,
mas yo haré que retrocedas.

AGUST. Te equivocas. (Desde el foro llamando.)
Rafael!

FR. PED. Volveré.

AGUST. Vuelve ó no vuelvas.

ESCENA IV.

AGUSTIN, RAFAEL.

AGUST. Segun me dijo María,

quieres hablarme.
RAFAEL. Sí.
AGUST. Empieza,
y sé breve, que tambien
quiero hablarte. Y por si llegan
y nos interrumpen, oye
y responde con franqueza.
Amas á mi hija?
RAFAEL. Yo...
AGUST. ¿Sí?
No es eso? Que te ama ella,
ya lo sé.
RAFAEL. La amo.
AGUST. Pues bien,
como mañana pudiera
por una ó por otra causa
quedar sin apoyo y huérfana,
te ruego que no dilates
la boda.
RAFAEL. Señor...
AGUST. Es buena
y te adora. Yo le dejo
para vivir con decencia,
y tú... ¿Qué miro? ¿Vacilas?
qué te sucede? Contesta.
No me has dicho que la amabas?
RAFAEL. Es... que me voy á la guerra.
AGUST. Á la guerra!
(Queda profundamente abstraido sin escuchar á Rafael.)
RAFAEL. España lucha
y es mi deber defenderla.
Quiero seguir el ejemplo
de Manuel, y si pudiera
morir como él, contemplando
teñida en sangre francesa
la bandera de la patria,
lleno de gozo muriera.
AGUST. Puedes marcharte.
RAFAEL. Señor,
bendecidme.
AGUST. Al que pelea

por la patria, le bendicen
los que sucumben por ella. (Váse Rafael.)

AGUST. Hoy piensa así; de seguro
que mañana así no piensa.
¡María!

ESCENA V.

D. AGUSTIN, MARÍA.

MARIA. Padre, ¿se va?

AGUST. Eso dice; y convencido
de que en vano hubiera sido,
no le he suplicado...

MARIA. Ah!
Abandonarnos así
cuando le queremos tanto!

AGUST. No llores!

MARIA. Si me ahoga el llanto!
Y por qué se va de aquí?
Por nada.

AGUST. Su decision
es justa, y no la condeno.
Quiere luchar como bueno
en honra de su nacion.

MARIA. ¡Y yo, padre, que pensaba
pasar la vida á su lado!
Hasta con ello he soñado;
os diré lo que soñaba.
Soñaba con alegría,
que en un pequeño lugar
á corto trecho del mar,
él con nosotros vivía.
Muchos árboles, y pocas
pero elevadas montañas,
y de ladrillo y de cañas
una casa entre las rocas.
Por la mañana temprano
íbamos juntos los tres
á mirar á nuestros piés
estrellarse el Océano,
y allí, libre de inquietud,

de las olas al rumor
recordábais con amor
vuestra honrada juventud.
Por la noche, en santa calma
y con misterioso anhelo,
hablábamos, viendo el cielo,
de Dios, del mundo y del alma,
indescifrables arcanos
para la ignorancia mia.
¡La discusion concluía
cruzando los tres las manos!
Que en torno de aquel rincon
ni una lágrima brotase
sin que el amor la enjugase,
tal era nuestra ambicion.
Y así las horas pasaban
y así los años corrian,
alegres cuando venían,
alegres cuando marchaban...

AGUST. (Que ha escuchado á su hija con visible emocion.)
(Presentar al que se ahoga
la tabla de salvacion!
No la agarres, corazon,
boga hácia tu playa, boga.)

MARIA. Toda la felicidad
que puede el mundo ofrecer
á los que encuentran placer
en oscura soledad,
disfrutábamos allí.
¡Pura y sosegada vida,
aunque soñada, querida,
y que por siempre perdí!

AGUST. (Me abandona la razon. (Al corazon.)
Al verte firme y entero
pensaba que eras de acero.
Te arrancara, corazon!)
(Váse precipitadamente.)

MARIA. ¡Padre!... ¿Si le habrá ofendido
el que adore á Rafaél,
ó temerá que por él
eche su amor en olvido?

ESCENA VI.

MARÍA y FRAY PEDRO.

FR. PED. María...
MARIA Quién? Ah!
FR. PED. Estás sola?
MARIA. Sola.
FR. PED. Y tu padre?
MARIA. Ahí adentro.
FR. PED. (En voz baja.) Evitar es necesario
que tenga el convite efecto.
MARIA. Mi padre...
FR. PED. Sin que te importe
su enojo, pon, hija, en juego
cuantos medios te sugiera
tu cariño.
MARIA. No comprendo...
Explicadme...
FR. PED. Si el convite
se verificase...
AGUST. (Presentándose.) Pedro!
(Á María.) Todo lo sabrás. Aléjate.

ESCENA VII.

DICHOS ménos MARÍA.

AGUST. Ahora, sigue.
FR. PED. (Despues de vacilar un momento.)
Sin rodeos.
Que preparas esa fiesta
se sabe ya en todo el pueblo.
AGUST. Y bien?
FR. PED. Que mucho me engaño,
ó intentan un atropello.
AGUST. Y eso es todo?
FR. PED. La ignorancia
no es el mejor consejero,
pero es muy tenaz, y lleva
á ejecucion sus intentos.

AGUST. Que los lleve.
FR. PED. Tu valor
lo sé bien, desprecia el riesgo;
pero tu hija...
AGUST. Mi hija...
FR. PED. (Vacila. Este es el momento.)
Que te ama tanto, y no tiene
más amparo ni consuelo
que el tuyo...
AGUST. Y el tuyo.
FR. PED. Sí...
(Á replicarle no acierto.)
AGUST. Es inútil tu insistencia,
ya lo sabes. No pretendo
disculparme. Dices tú
que hago mal? Bien. Yo respeto
tu opinion, sigo la mia,
y... Haz lo mismo.
FR. PED. Es que no puedo
consentir que tú, mi amigo,
te expongas...
AGUST. No hablemos de eso.
FR. PED. (Pausa.) ¡Convidarlos! ¿Y en qué dia?
Dime, Agustin, ¿el recuerdo
de las terribles escenas
que hoy hace un año ocurrieron,
no es bastante á disuadirte
de tu insensato proyecto?
Olvidas que hoy en España
todo es luto y todo es duelo,
y que el menor regocijo
es un insulto sangriento,
á los manes de las víctimas
que los franceses hicieron?
No temes que ya en la fiesta
recuerden la fecha ellos,
y entre rudas carcajadas
lancen con labio blasfemo
frases que hagan en sus tumbas
estremecerse á los muertos,
y que entónces tu conciencia
despertando de su sueño,

arroje un grito que seque
tu corazon en el pecho?
¿No piensas... (Ruido en la botica.)

AGUST. Chist!...

RAFAEL. (Hablando en la botica con la mujer que llevó la medicina.)
La botella.

MUJER. Cuanto se enteró el enfermo,
dijo: «¡Tomar medicinas
de un hereje! Ántes me muero.»

FR. PED. Oyes?

AGUST. Calla.

MUJER. Mi marido
es muy español.

RAFAEL. Silencio!
La peseta.

AGUST. Estará negra;
dásela para el entierro.

FR. PED. Y á eso, ¿qué dices? (Sale la mujer.)

AGUST. Que el vulgo
sólo me inspira desprecio!

FR. PED. Ese vulgo á quien desprecias,
lucha y muere con denuedo
por la libertad de todos;
y cuando llega el momento,
toca con los piés el fango
y con la frente los cielos.
La sangre del vulgo ese
salpica el ara del templo
de la gloria, confundida
con la tuya.

AGUST. Calla, Pedro.

FR. PED. Con la sangre de tu hijo...

JORGE. (Fuera.) ¡Ah de casa!

FR. PED. Aún queda tiempo.

AGUST. Adelante.
(Señalando á Pedro la puerta lateral derecha.)
Por allí.

FR. PED. Una palabra.

AGUST. Adios, Pedro.
(Váse el fraile.)
¡Siempre igual! Almas pequeñas,

y corazones pequeños.

ESCENA VIII.

D. AGUSTIN, JORGE.

JORGE. Don Agustin...
AGUST. Capitan...
JORGE. Va bien?
AGUST. Bien.
JORGE. Qué? No han venido?
AGUST. No.
JORGE. Se habrán entretenido
jugando. No tardarán.
AGUST. Qué hay de nuevo?
JORGE. Lo de ayer,
lo de siempre. Denodados,
nuestros valientes soldados
aumentan nuestro poder.
Pobre España, si se empeña
en vencernos.
AGUST. Pobre España? (Transicion.)
Es verdad.
JORGE. Cuánto se engaña!
Ya comprenderá que sueña.
AGUST. Lo dudo. Abundan aquí
los Quijotes. Del hidalgo
manchego conservan algo
los españoles, y así
como aquel en su locura
todo lo desfiguraba
y al peligro se arrojaba
con indómita bravura,
sin que cejara en su empeño
al verse á palos molido,
ni confesara rendido
que luchaba por su sueño,
asimismo si se empeñan
en vencer á los franceses,
aunque sufran mil reveses
no comprenderán que sueñan.
Al pasar yo el otro dia

per la plaza, estaba un hombre
hablando de España en nombre,
y de esta suerte decía:
«En donde el honor comienza
todo acaba, y el honor
hoy se funda en el valor;
ó la guerra ó la vergüenza.
Tener, pues, es necesario
por bandera el sacrificio,
el batirse por oficio,
y la España por salario.»

JORGE. Basta.

AGUST. (Exaltándose.) «Son muchos? Mejor,
así mataremos más.
Son valientes ademas?
Pues verán lo que es valor.
Si el mundo juzga imposible
resistir á ese torrente,
decidle al mundo que miente,
y que España es invencible.»

JORGE. Basta ya.

AGUST. «Quereis ejemplos?
De hinojos ante la historia
y en sus páginas de gloria,
que son de la patria templos,
vereis millones de altares
alzados al heroismo
y santos del patriotismo
á millares de millares.»

JORGE. Basta, basta.

AGUST. «Á combatir
sin pararse á descansar.
La mision de hoy es luchar,
la de mañana morir.
Y ántes, pueblo, que sucumbas
da cima á hechos tan grandiosos,
que tus padres, orgullosos
te aplaudan desde sus tumbas.»

JORGE. Por Cristo!

ADUST. «Y si no te arredras,
verás que el triunfo se alcanza
si no con fusil, con lanza;

si no con palos, con piedras.» (Transicion.)
Esto aquel hombre decía
con acento penetrante,
y esto la turba ignorante
entusiasmada aplaudía.
¡Oh, no merece, pensé,
un pueblo tan... degradado,
ser francés, y avergonzado
de la plaza me alejé.
Mas dejando esta cuestion
pequeña, al par que enojosa,
y la gente? Será cosa
de aplazar la colacion?

JORGE. De ningun modo, que voy
á buscarlos uno á uno.

AGUST. Sí, que no falte ninguno,
que no falte, porque hoy...
(Señalando á la mesa.)

JORGE. Ya, ya! Buena batería.
Lo entendeis.

AGUST. Que si lo entiendo?
Ya lo vereis.

JORGE. Lo estoy viendo.

AGUST. No veis nada todavía.

JORGE. Otra fiesta como esta
y os tomarán por francés.

AGUST. Tengo un sentimiento.

JORGE. Y es?

AGUST. Que no concurra á la fiesta
el ejército invasor
todo entero.

JORGE. Todo?

AGUST. Sí.

JORGE. Imposible.

AGUST. Al verlo ahí
de esa mesa en derredor
prodigando libaciones,
refiriendo sus hazañas,
soñando en nuevas campañas
al son de fieras canciones,
tal placer recibiría,
que de hinojos le sirviera,

y luégo... luégo... muriera
gozándome en mi agonía.
JORGE. Sois un gran hombre.
AGUST. Procuro
imitaros.
JORGE. ¡Bien por Dios!
Con diez hombres como vos,
España, este país oscuro
tal vez llegára á ser algo.
AGUST. Lo dudo. Aquí la rutina
las acciones determina.
Ademas, yo nada valgo...
(Asómase María por lateral derecha y el capitan la ve.)

ESCENA IX.

DICHOS, MARÍA.

JORCE. Adelante.
AGUST. Quién?
MARIA. Creí
hallaros solo...
AGUST. (Bajo á María.) (Me extraña...)
JORGE. Al terminar la campaña
he de volver por aquí,
á ver si esta niña hermosa
acepta mi amor.
AGUST. Sí tal,
y os doy palabra formal
de que será vuestra esposa.
MARIA. Señor...
AGUST. ¿Y esos, capitan,
no vienen?
JORGE. Tal vez me aguarden.
Voy á ver.
AGUST. Sí, que no tarden.
JORGE. Niña, adios. No tardarán.

ESCENA X.

D. AGUSTIN, MARÍA.

AGUST. Á qué has venido?
MARIA. Señor,
á deciros que se marcha
en este instante.
AGUST. Quién?
MARIA. Él!
AGUST. Esta noche! Sin tardanza
búscalo. Dile que venga.
MARIA. (Llamando.) Rafael.
AGUST. Que lo espero. Anda,
corre, vuela.
MARIA. Rafael!
AGUST. (Yo pensé que hasta mañana...
si se hubiera ya marchado...)
MARIA. Aquí viene.
AGUST. (Mi esperanza
renace.)

ESCENA XI.

DICHOS, RAFAEL.

AGUST. ¿Por qué no esperas
al amanecer?
RAFAEL. Por...
AGUST. Habla.
RAFAEL. Por no ver ese convite.
AGUST. Harto pequeña es la causa.
MARIA. Eso digo yo. ¡Dejarnos
por si vienen á esta casa
los franceses!
AGUST. ¡Qué! ¿Qué dices?
MARIA. (Á Rafael.) Pensé que no lo ignoraba.
AGUST. Es cierto?
RAFAEL. Sí.
AGUST. (Quedándose pensativo.) Pues entónces...
RAFAEL. La verdad, no tengo calma

para ver á esa gentuza
estrechar su mano honrada.
La indignacion me sofoca,
mi corazon de ira estalla
y mi mano en el vacío
busca temblorosa un arma.

AGUST. Un favor.

RAFAEL. Si es que me quede...

AGUST. Espera á la madrugada.

RAFAEL. No puedo.

MARIA. Por mí.

AGUST. Á las doce
de la noche. Á las diez. Pasas
ese tiempo en otra parte;
vuelves, me ves y te marchas.

RAFAEL. Bien.

MARIA. Gracias.

AGUST. Se acercan. Vete.
Y tú tambien. Cuando salgas
cierra la botica.

RAFAEL. Adios.

MARIA. Adios. (Sale Rafael y María le dice á su padre.)
Despedidlos...

AGUST. Calla!

MARIA. Y se quedará.

AGUST. Un abrazo.
Otro. Adios.
(María se dirige llorando á su habitacion, y D. Agustin, visiblemente conmovido, exclama.)
¡Hija del alma!

MARIA. (Creyendo que su padre accede á sus deseos, se dirige al foro llena de alegría.)
¡Rafael!

JORGE. (Fuera.) ¡Don Agustin!

MARIA. ¡Ah!

AGUST. (Á María.) Pronto.

MARIA. (Esa voz me mata.)

AGUST. (¿Qué iba yo á hacer?) Adios, hija,
y perdóname.
(Empuja suavemente á María, y despues que la hace entrar en su habitacion, dice.)
Ahora, calma.

(Corre al encuentro de los franceses.)

ESCENA XII.

D. AGUSTIN, JORGE, OFICIALES.

JORGE. Acá estamos todos.
AGUST. ¡Oh!
Tanta merced... (Á un oficial.) Veterano
(Á otro.) Qué tal?
OFICIAL. Bien.
AGUST. (Á otro.) Venga esa mano.
JORGE. Este es monsieur
capitan del treinta y tres
de línea. Buen oficial
y valiente sin igual.
AGUST. Dejara de ser francés.
JORGE. (Al oficial aludido.)
¿Lo estás viendo? Afrancesado
como ninguno.
AGUST. Eso sí;
pero no hablemos de mí.
Á la mesa.
JORGE. Bien pensado.
AGUST. (Viéndolos vacilar para elegir asiento.)
De cualquier modo. Entre amigos...
JORGE. Y la niña?
AGUST. En su aposento.
Algo indispuesta.
JORGE. Yo siento...
AGUST. ¿Á qué importunos testigos?
Para celebrar el dia
que ocupa en la patria historia
la página de más gloria...
JORGE. De qué patria?
AGUST. De la mia,
—de la nuestra.—Es necesario
ante todo, libertad.
OFICIAL. Dice muy bien.
OTRO. Es verdad.
AGUST. Hoy, primer aniversario
de la más fiera matanza

que diezmó á un pueblo valiente;
hoy que la española gente
suspira por la venganza;
hoy que el dolor y el quebranto
extienden aquí su imperio
y España es un cementerio
que anegan olas de llanto;
hoy, Dos de Mayo, yo hombre,
yo español, con arrogancia
exclamo: ¡Muera la Francia (Transicion.)
ántes que empañar su nombre!

TODOS. Ah!

AGUST. ¿Y él vino? Entusiasmado
porque de la Francia hablaba
de serviros me olvidaba.
¡Si seré yo afrancesado!
(Mientras les sirve Rafael, cierra la puerta del foro que da á la botica.)
Para impedir que á pretexto
de entrar por una recèta
aquí algun necio se mete,
lo he dispuesto.

JORGE. Bien dispuesto. (Brindando.)
Por vos, monsieur Agustin.

AGUST. Por la Francia!

TODOS. ¡Vitor! Bien!

AGUST. Y al que brinde por Bailen,
por Pavía ó San Quintin...
(Advirtiendo disgusto en los franceses.)
Otra copa! Muera Europa
y viva la Francia!

TODOS. Viva!

AGUST. Estamos listos? Arriba.
Já! já! já! Vaya otra copa.

JORGE. De qué os reis?

AGUST. Pesch! de nada:
de una de las necedades
que se tienen por verdades
en esta tierra atrasada.
La nobleza y el valor
en la sangre se trasmiten
dicen algunos, y admiten

como verdad este error.
Quién, al verme aquí, diría
que en línea recta desciendo
de un anti-francés tremendo?
Nadíe. Sí, de un tal García
de Paredes. Un Sanson,
un Hércules. Se afirmaba,
que su fuerza aún no igualaba
á su grande corazon.
Acabar con un francés
lo hallaba tan hacedero,
que ni sacaba el acero:
lo mataba de un revés.
(Los franceses intentan hablar, pero D. Agustin empuña convulsivamente el vaso, y exclama.)
Reniego de mi ascendiente,
que fué un imbécil: prescindo
de sus hazañas, y brindo
por Bonaparte!

TODOS. Corriente.

AGUST. Que viva pues, Bonaparte!

TODOS. Viva!

AGUST. Ese azote del mundo... (Transicion.)
Ese génio sin segundo,
émulo digno de Marte!
Si el cobarde de mi abuelo
levantara la cabeza,
y mirase su nobleza
y su valor por el suelo!

TODOS. Já! já! já!

AGUST. Si ser pudiese
que la tumba abandonase,
y en este aposento entrase,
y con vosotros me viese:
«Apóstata! me diría,
de la gloria y del valor,
que arrastras así mi honor
por el cieno de la orgía;
despreciable renegado
de la religion sagrada
de la patria, hoy profanada
por ese pueblo menguado,

que donde la planta posa
imprime sangrienta huella,
que á la Vírgen atropella,
mancha el honor de la esposa,
inmola al inerme anciano,
incendia las poblaciones,
y pretende hacer girones
la historia del pueblo hispano;
miserable parricida,
que mientras tu patria muere,
besas del vil que la hiere
la mano en sangre teñida;
dame el nombre venerado
que cual infame ladron,
estampaste en tu blason,
y llámate afrancesado.»
Así mi abuelo hablaría
si descendiese del cielo,
y al escuchar á mi abuelo,
yo, já! já! me reiría.
(Á Jorge.) Teneis un semblante extraño.

JORGE. Extraño!

AGUST. Bebamos, pues.
Hoy debe todo francés
estar contento. (Les sirve.)
Hace un año,
que en franca y terrible lid
vencimos á la canalla.
¡Qué bien barrió la metralla
á los hijos de Madrid!
Sin más armas que sus brazos,
furiosos acometían,
y ¡qué cobardes! caían
deshechos á metrallazos.
Sedientos de patriotismo,
los de las filas postreras
ansiaban que las primeras
se hundiesen en el abismo,
para avanzar, y sufrir
la pena del avanzar.
Tenían hambre de matar!
Tenían hambre de morir!

Y el invasor asesino
en su impotente coraje,
cedió ante aquel paisanaje
más de una vez. ¡Venga vino!

JORGE. (Alargándole las botellas envenenadas.)
Allá va.

AGUST. No, de esas no,
de aquellas. (Si no me atrevo.)

JORGE. Y vos, no bebeis?

AGUST. Sí bebo.

JORGE. (Á un oficial.) ¿Recuerdas cuánto costó
acabar con aquel grupo
que mandaba aquel chiquillo?

OFICIAL. Sí.

JORGE. Ya mereció el muy pillo
la suerte que al fin le cupo.

AGUST. Contad.

JORGE. Ellos eran pocos,
y con malas escopetas,
pero dos horas completas
se batieron como locos.

AGUST. Proseguid.

JORGE. Á un regimiento
hicieron retroceder
junto al Parque. No creo ver
luchar con más ardimiento.

AGUST. Y qué sucedió?

JORGE. Que al cabo
los dos únicos que estaban
ya de pie...

AGUST. Dos! Y luchaban?

JORGE. Se rindieron.

AGUST. Bravo! bravo!
Y aquel chiquillo?...

JORGE. Manuel?

AGUST. Manuel decís?

JORGE. Creo que así
le nombraban.

AGUST. ¿Alto?

JORGE. Sí;
moreno, delgado.

AGUST. (Él!)

Y sucumbió?

JORGE. Al otro dia
lo fusilamos.

AGUST. Botellas!
(Jorge le da las envenenadas.)
(¿Por qué vacilo?) De aquellas.
(Lo mismo que yo sabía.)

JORGE. Don Agustin, por los veinte
que llevo á cuenta en España.

AGUST. Veinte!

JORGE. Sí.

AGUST. Oh! No me extraña.
Ya sé que sois un valiente.

JORGE. Y por los treinta ó cuarenta
que aún pienso matar.

AGUST. (¡Y yo
aún vacilaba! No, no.
Es una burla sangrienta
que pone en el pecho espanto.)
Vaciemos unas botellas
de aquellas. (Señalando las envenenadas.)

JORGE. Por fin.

AGUST. De aquellas.
(No puedo ya sufrir tanto.) (Les sirve.)

ESCENA XIII.

DICHOS, MARÍA, saliendo lateral izquierda.

MARIA. Padre!

AGUST. Ah!

JORGE. Niña!

AGUST. María!

MARIA. No escuchais la gritería?
Á mí me hace estremecer.

JORGE. No temas.

MARIA. El pueblo en masa
con palos, picas y hoces
y dando gritos feroces
se encuentra enfrente de casa.

AGUST. Se divierte.

MARIA. Ay, padre mio!

AGUST. Retírate á descansar.
MARIA. No, que acaban de gritar:
¡muera el traidor! el judío!
AGUST. No es por mí. Nada te inquiete.
MARIA. ¡Ay! Sí, que tambien han dado
mueras al afrancesado.
AGUST. (Que desde que entró su hija ha estado observando los cuchicheos y las sonrisas maliciosas de los franceses, coge á María del brazo, y con suave violencia la lleva á su habitacion y deja puesta la llave despues de darle una vuelta.)
Vete, que no es por mí, vete!

ESCENA XIV.

DICHOS, ménos MARÍA.

AGUST. Señores, siga la fiesta
y no tomar esto en serio.
JORGE. El águila del Imperio
protege la casa esta.
AGUST. Es ese pueblo impotente,
esa harapienta canalla
que en el campo de batalla
combate estúpidamente,
por arrojar de este suelo
á la canalla francesa;
—son sus frases—gente de esa
digna en todo de mi abuelo,
que cree en el honor, la gloria,
la patria y la religion,
y que abriga la ilusion
de arrancaros la victoria.
JORGE. ¡Já, já! Vencer á la Francia!
AGUST. Como otras veces... (Transicion.)
Y el vino? (Les sirve.)
Vencernos! Qué desatino!
Y este pueblo! El de Numancia!
(Dice el último verso con voz tan honda y sepulcral, que los Oficiales se miran alarmados.)
JORGE. Qué ha dicho?

ESCENA XV.

DICHOS, RAFAEL, saliendo.

RAFAEL. Don Agustin,
el pueblo está amotinado!
OFICIAL. Qué?
VOZ. (Lejana.) Muera el afrancesado!
VOCES. (Id.) Muera!
RAFAEL. Ah! Lo veis al fin?
(D. Agustin completamente abstraido, no escucha á Rafael. Los franceses tratan de sacar penosamente los sables sin moverse de las sillas.)
OFICIAL. Que vengan.
JORJE. (Á un Oficial.) No te atravieses!
RAFAEL. Huid. Vuestra muerte es cierta.
VOCES. Muera!
RAFAEL. Por aquella puerta.
Que penetran ya!
AGUST. (Tendiendo en torno suyo una mirda de inesplicable júblilo.)
Franceses!
Si viérais á España un dia
por el extranjero hollada,
buscando desesperada
salvacion en su agonía;
si á la llama del incendio
viérais á vuestras esposas
y á vuestras madres, llorosas
lamentar su vilipendio;
si el mundo los ojos fijos
en vuestra nacion tuviera
y de vosotros pendiera
el honor de vuestros hijos
de patria y gloria sedientos,
y estuviera en vuestra manos
librar á vuestros hermanos
de oprobios y de tormentos,
dando en cambio vuestra vida,
decid, si tal dia llegase
¿habría alguno que dudase

en aceptar la partida?
(Durante la anterior situacion, ha ido acercándose el ruido.)

VOCES. Muera!
RAFAEL. Que entran!
AGUST. Ya tardan.
MARIA. (Dentro.) Padre!
AGUST. (Señalando á Rafael la puerta del foro.)
Allí.
(Al ver que Rafael abre la puerta á María.)
No! no!

ESCENA XVI.

DICHOS, MARIA.

AGUST. Marí a!
MARIA. (Arrojándose en brazos de su padre.)
Huid, por Dios!
AGUST. Hija mia!
(Mirando al foro con desesperacion.)
Á qué aguardan? Á qué aguardan?
(Á Rafael.) Abre esa puerta ¡por Cristo!
que quiero que en mí concentren
sus miradas. Sí, que entren
á ver lo que nunca han visto.
Que entren á ver un ejemplo
de morir por la nacion,
abrazado cual Sanson
á las columnas del templo!
MARIA. ¡Ah!
(Cayendo desmayada sobre el brazo izquierdo de su padre. Rafael abre la puerta y el pueblo se precipita dentro.)

ESCENA XVII.

DICHOS, GENTES DEL PUEBLO.

VOCES. Muera el traidor!
AGUST. (Con tal actitud, tal fisonomía, que detiene á la muchedumbre, exclama:)
Me he fingido afrancesado.

y ¡ved! los he envenenado.
¡Estos no matan ya más!

TODOS. ¡Envenenados!

(El pueblo se acerca á los convidados, los examina, y ve que la mayor parte agonizan silenciosamente con los brazos y la cabeza extendidos sobre la mesa y las manos crispadas sobre la empuñadura de los sables.)

AGUST. (Á Rafael.) Y bien...
Ya velar por ella puedes.

PUEBLO. ¡Viva García de Paredes!

AGUST. No vive. Muere tambien!

RAFAEL. Opio?

AGUST. Sí.

RAFAEL. (Dirigiéndose á la botica.) Apartad!
Espero...
si aún es tiempo...

AGUST. Dónde vas?

RAFAEL. Á salvaros.

AGUST. No, jamás.
Yo debo morir, y muero.
Aun siendo por patriotismo...
la traicion... siempre es un crímen
de los que no se rediman;
pero cuando... en el abismo
que abre á sus piés... el traidor
con la víctima se lanza...
si á redimirse no alcanza
inspira... ménos horror.

(Cae de rodillas despues de dar un beso en la frente á su hija y de apoyarla en el brazo de Rafael. Dos ó tres mujeres lo sostienen en sus brazos colmándole de caricias, mientras algunos hombres cogen las luces de la mesa y alumbran el grupo. Todos se arrodillan.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, FRAY PEDRO, por el foro

FR. PED. Paso! Agustin!

AGUST. Pedro!

FR. PED. (Comprendiendo lo sucedido y como reprendiéndose por no haberlo adivinado.)
Ah!
Ciego!
AGUST. (Sonriéndose.) Sí... tu bendicion...
Y á ellos... tambien...
FR. PED. (Bendiciéndole.) Su perdon
el cielo te otorgará.
AGUST. (Á fray Pedro señalando á María.)
Su padre... tú... y... Rafael...
RAFAEL. Su esposo.
AGUST. ¡Qué luz... extraña...
y... pura... (Señalando al cielo.)
Allí!... Hijo!... España!...
Es... pa... ña... (Espira.)
FR. PED. (Incorporándose despues de convencerse de que ha muerto.) ¡Rogad por él!

CUADRO FINAL.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Curarse de mal de suegra............	2	M. Vallejo.........	Todo.
El gato negro......................	2	José Marco.........	»
La filoxera del poder................	2	Mariano Chacel.....	»
La locura contagiosa................	2	E. Zamora y Caballero	»
Algunas veces aquí..................	3	José Echegaray.....	»
Contra viento y marea...............	3	M. Echegaray.......	»
Correr en pos de un ideal............	3	D. José Echegaray.....	»
Cuenca por Alfonso VIII..............	3	R. Borlado..........	»
El Doctor Diógenes..................	3	J. Zorrilla y Pacheco.	»
El yerno del señor Manzano..........	3	Sres. E. Carbou y J. Martin y Santiago....	»
Grandezas Humanas.................	3	D. J. A. Cavestany.....	»
La primera en la frente..............	3	Luis Pacheco.......	»
Theudis............................	3	J. Sanchez de Castro.	»

ZARZUELAS.

Consuelo... de tontos................	1	Sres. Granés y Varios...	L.
Contra ira paciencia................	1	D. Federico de Olona..	L.
Dudas y celos......................	1	C Navarro.........	L. y M.
El salto del Gallego................	1	Sres. Granés, Navarro y Nieto...............	L. y M.
Las ferias.........................	1	Sres. Barranco, Ossorio, y Bernard.......	L. y M.
Los dos cazadores..................	1	D. G. Cereceda........	M.
Los duelos con pan son menos.	1	Sres. Povedano, Granés, y Prieto.	L. y M.
Ternera, 7, 3.º....................	1	Sres. Navarro y Cuartero	L.
El hijo de la bruja.	3	D. Emilio Álvarez.....	L.
Juana, Juanita y Juanilla............	3	Emilio Alvarez.....	L.
La banda del Rey...................	3	Sres. Álvarez y Caballero..........	L. y 1/2 M.
Sobre ascuas.......................	3	D. Emilio Álvarez......	L.
¡Vivan las caenas!..	3	E. Perez Escrich....	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.